**Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario –ciclo B-**

***Los tiempos difíciles parecen llamados a perdurar a lo largo de la historia,***

***pero sólo a lo largo de la historia. Lo que permanecerá para siempre es el Amor***

***y la Palabra (Jesucristo) que nos lo transmite.***

Nos acercamos al final del tiempo litúrgico llamado “Ordinario”, y todos los mensajes que vamos recibiendo parecen abocados a despertar nuestros sentidos y mantenernos alertas, en vigilia constante… Porque algo tremendo y extraordinario está a punto de acontecer. Algo que, por otra parte, se va desarrollando día a día, instante a instante. Y que no parece tener fin. ¿Es el mal lo que nos acecha? Si fuera esto diríamos que no nos sorprende demasiado. Los “tiempos difíciles” se suceden unos a otros, haciendo de la historia y del mundo un espacio de dolor interminable, de tal manera que casi nos pone de acuerdo en ese dicho popular: *“cualquier tiempo pasado fue mejor”*. ¿Es la justicia lo que asoma en el horizonte esperanzador, la sabiduría, el amor…? Eso, en todo caso, depende de nosotros. Que acontezca de una vez para siempre el descubrimiento gozoso de algo que parece estar por encima de nuestras posibilidades, paradójicamente, depende de cada hombre y cada mujer que “pisa” la tierra. Digo *paradójicamente*, porque tampoco depende absolutamente de nosotros/as, sino de lo que seamos capaces de desear y de esperar; de lo que seamos capaces de creer. El que cree en Dios y en su Palabra, verá florecer la vida, la bondad, el amor, la justicia… Porque eso es lo que no perece jamás. Porque eso es de Dios y nos lo quiere dar como don eterno, como ya sabemos quienes creemos en Jesucristo. ¿Habrá alguien dispuesto a recibirlo en los últimos tiempos? Sembremos el bien, que siempre habrá quien quiera cosechar…

Textos: **D**aniel 12, 1-3; **S**almo 15;

**H**ebreos 10, 11-14.18; **M**arcos 13, 24-32

* El breve texto del Libro de Daniel, que se proclama en la liturgia eucarística de este domingo, viene a reforzar el ambiente apocalíptico y escatológico en el que va concluyendo un tiempo vivido de manera cotidiana, día a día, y no por ello menos importante que los llamados en la Iglesia “tiempos fuertes”, como el Adviento que se avecina. Lo cotidiano es lo imprescindible. En el día a día es donde se va poniendo de relieve el sentir y consentir de la gente: gestos, actitudes, relaciones de todo tipo… Relaciones más o menos justas, más o menos *ajustadas* al bien que deseamos hacer o al mal que se nos apega *(cf Rm 7,19).* Hay una advertencia que hace de este mensaje algo inquietante, como, por otra parte, corresponde al género apocalíptico: *“serán tiempos difíciles, como no los ha habido desde que hubo naciones hasta ahora”.* Es difícil imaginar que haya tiempos más duros que los que ya se han vivido en la historia, anterior y los que estamos viviendo en la actualidad. Y, sin embargo, toda la escatología apunta a que así será. No obstante, el mensaje central no se encuentra en lo que nos inquieta, sino en lo que viene después y debería darnos mucha confianza y mucha paz: *”Entonces se salvará tu pueblo: todos los inscritos en tu libro”.* Estas palabras, interpretadas en términos cristianos, no son excluyentes, como algunas sectas están empeñadas en hacer creer, sino incluyentes: el *pueblo de Dios* es la entera humanidad a la que Dios ama y por la que Jesucristo se entrega. ¡Y el final que le espera a ese pueblo es la salvación! Pero, tampoco de manera indiscriminada, hagamos lo que hagamos, bien o mal, sino de acuerdo a la propia elección, a cómo hayamos decidido vivir. Quedémonos con estas palabras alentadoras y gozosas: Los sabios y los justos brillarán por la eternidad. Y actuemos en consecuencia.
* Salmo 15: El salmista, ora al Señor y nos hace sentir con él una confianza sin límites. Dios nos librará del poder de la muerte y nos hará conocer los caminos de la vida eterna. Eso, en tanto no nos dejemos atrapar por los ídolos y sepamos con claridad el don infinito de la herencia que nos espera: Dios, nuestro bien, nuestra fuerza, nuestra luz… ¡nuestra alegría perpetua!
* La Carta a los Hebreos sigue presentándonos la figura de Cristo “sacerdote” y la gran diferencia que existe entre él y los llamados “sacerdotes” que ofrecen diariamente el sacrificio por sus propios pecados y por los del pueblo. Igualmente, el meollo del mensaje lo encontramos en las afirmaciones positivas y en el sentido de *consagración* que tiene la entrega “para siempre” de Jesucristo. El sacerdocio de Cristo nos hace santos, nos introduce en la intimidad divina. El modo de hacerlo no es otro que el perdón del Dios que ama y salva lo que ha creado, pues, donde hay perdón no es necesaria la ofrenda por los pecados. Ya están perdonados. Pero sí se hace imprescindible la gratitud. Quienes creemos en Jesús, el Señor, somos personas agradecidas, porque nos sentimos amadas y perdonadas de raíz, hasta el fondo y para siempre.

***Evangelio***

* Jesús se pone apocalíptico. Al menos esa es la imagen que nos trasmite el evangelista. No son muchos los textos en los que el Maestro asume esta postura y predice un futuro en el que, para que estalle la justicia y la paz, ha de darse la gran tragedia: *“… después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán*.” Parece que, después de la descripción de este panorama desolador y terrible, pocas cosas quedan por decir, pero lo cierto es que falta por decir lo fundamental: *“Entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad”*. Una vez más se tiene en cuenta que no todos alcanzarán a ver la gloria del *Hijo del Hombre*, título que aparece en los textos de sentido escatológico y apocalíptico, de manera significativa en el Libro de Daniel (Dan 7, 13-14) en la llamada “visión del profeta” en la que contempla tanto la figura de un hombre como la de un pueblo.

 Los *elegidos* de los cuatro puntos cardinales del planeta*, “de horizonte a horizonte”,* serán los que se encuentren ante él y entren con él en la gloria de Dios. Teniendo en cuenta que, como dice san Pablo, los elegidos son también los salvados y “Dios quiere que todos los hombres se salven” *(1 Tm 2,4)*, y esto nos deja a cada persona un gran margen de responsabilidad… Tanta como la que Jesús intenta mostrar a sus discípulos. Las palabras del Maestro pasan de ser trascendentales a ser de lo más sencillas y entendibles: la higuera, las yemas, los signos del verano que se aproxima… Y nos advierte con toda claridad: no podéis presumir de saber leer los signos cotidianos e ignorar lo que verdaderamente importa: los signos del Reino que se acerca y que, al contrario de todo lo que conocemos, es eterno.

 Jesús mismo se pone a nuestro nivel de “desconocimiento” respecto a lo que el futuro escatológico depara a quienes son de Dios*: “… ni el Hijo sólo el Padre”.* ¿Debemos asustarnos por esto? No, tan sólo confiar en esas palabras que *nunca pasarán*. ¿Estamos dispuestas/os? Pues, el tiempo que se acerca es tiempo de preparación para disponernos y llegar a conocer la Eternidad, con alegría infinita.



***Trinidad León Martín, mc***